

insuficiencia, pero nos esforzaremos en elevar el estilo de nuestras narraciones hasta la sencillez; esa obra maestra, esa lengua universal que renueva entre el rico y el pobre, entre el sabio y el ignorante, entre el hombre reflexivo y el joven frívolo, el milagro simbólico de los primeros mensajeros del Evangelio, que no hablaban sino un solo idioma para ser comprendidos por los discípulos de todas las naciones. *Tomad y leed*, diremos nosotros, como el hijo del relojero, á las familias de las clases menos instruidas. He ahí la historia sacada de los empolvados estantes de las bibliotecas, despojada de su púrpura y de su pompa, y hablando la lengua familiar en claras y sóbrias narraciones, con vuestras mugeres y vuestros hijos.

Mas qué necesidad tienen ciertas clases, podrá decirsenos, de saber la historia elemental, de conocer los cambios de la fortuna, las catástrofes de los imperios y el curso de las cosas humanas, para labrar sus maderas, conducir sus barquillas, podar sus vides ó hilar sus cáñamos?

Sin duda que el pueblo no necesita conocer la historia para ejercer cualquiera de estos oficios, ni tampoco para atender á su subsistencia, pero sí para pensar; y el pensamiento siendo el hombre mismo, si se quiere que el pueblo se componga de hombres y no de máquinas humanas, preciso es darle los elementos de la reflexión. La historia es quizá el mas sano y mas moralizador de estos elementos, porque desarrolla en el pueblo una de las cosas que mas le faltan: la conciencia. Presenta visible á la Providencia en el premio y en la espacion infalible del bien y del mal; si está comentada por un espíritu recto y religioso, un curso de historia es una leccion de justicia y un verdadero curso de conciencia para las naciones.

Pero esto no es solo una leccion de justicia y un curso de conciencia popular, es un curso de entusiasmo por lo bello. Este entusiasmo por la sana moral es uno de los instintos mas adherentes de la virtud que Dios ha concedido al hombre. Es la aspiracion involuntaria y apasionada del alma hácia el colmo de la perfeccion en todas las cosas; es el *sursum corda* del género humano que hace elevar los corazones de admiracion en admiracion hasta Dios, origen y fin de toda belleza. Esta facultad, como todas las demas, no se fortifica en los individuos y en las masas sino ejerciéndola. ¡Qué ejercicio mas sublime de este entusiasmo que la historial! Se ha dicho con razon que el

centro en que vivimos, física y moralmente hablando, modifica al cabo de cierto tiempo nuestro temperamento y nuestra alma; por lo tanto, si dejais vivir á un pueblo en sociedad habitual y esclusiva con una filosofia trivial y con poco nobles instintos, ¿qué podreis esperar de vuestras generaciones? Se sucederán como generaciones viciosas con la estupidez en la frente, la incredulidad en el corazon, el sarcasmo en los labios y la imaginacion impregnada de leyendas infames; teniendo por justicia el resultado de las cosas, ignorando el uso prudente de la libertad que el Eterno les concediera, y avergonzándose de sí mismos, de su nacion y de su siglo.

Pero si las educais por medio de la historia bien elegida y bien aplicada, en la contemplacion de las grandes obras de la Providencia, en los conocimientos de los importantes destinos del hombre en la sociedad sobre la tierra, en la comprension de las leyes religiosas ó civiles que gobiernan el mundo perfeccionándole, y si las poneis en relacion habitual por medio de vuestros escritos con esos grandes hombres, con esos hombres virtuosos, esos genios superiores, esos héroes, esos mártires, esos sábios, esos filósofos, esos poetas, esos artistas, que en su vida ó en sus obras han derramado su sangre, su sudor, su alma, su amor, su patriotismo, sus inspiraciones y sus palabras en ese foco comun de grandeza, de desinterés, de abnegacion para con sus semejantes, de genio, de compasion, de generosidad, que constituye la gloria y título de la especie humana; si imprimis de este modo á vuestro pueblo la santa religion del entusiasmo, por el nombre, el pensamiento, las acciones, los esfuerzos, los infortunios, y hasta por la muerte de estos tipos de la humanidad, no dudeis que habreis inculcado á un mismo tiempo en vuestros hijos la emulacion de reunir lo que ellos admiran, y que este entusiasmo que no parece á primera vista mas que la llama de la imaginacion, descenderá hasta el alma, constituyendo en ella muy en breve un manantial de moralidad nacional. El hombre es imitador, porque es susceptible de perfeccion; lo que le faltan son lecciones, lo que necesita son modelos que copiar. Tomad estos en la historia y manteneos siempre á la vista de vuestros hijos: ellos llegarán á formar pueblo, y este pueblo os honrará sobrepujándoos: trasmirá vuestro nombre á la posteridad, y vuestro tributo de civilizacion al **Supremo Civilizador!**

BIOGRAFIA DE HOMERO.

I.

Una de las facultades mas naturales y mas universales del hombre, es la de reproducir en sí por la imaginacion y el pensamiento, y fuera de sí por el arte y la palabra, el universo material y el universo moral en cuyo seno ha sido colocado por la Providencia. El hombre es el espejo reflexivo de la naturaleza. Todo se renueva, todo se anima, todo renace en él por medio de la poesia. Es una segunda creacion que Dios ha permitido inventar al hombre reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra; un *verbo* inferior, pero verdadero, que crece solo con los elementos, con las imágenes y con los recuerdos, cosa que la naturaleza ha creado antes que él: juego infantil, pero divino, de nuestra alma con las impresiones que este recibe de la naturaleza: juego por el cual formamos á cada instante esa figura pasajera del mundo exterior y del mundo interior, que se pinta, que se borra y se renueva sin cesar ante nosotros. He aquí porque la palabra *poesia* quiere decir *creacion*.

La memoria es el primer elemento de esta creacion, porque ella nos recuerda las cosas pasadas que han desaparecido de nuestra alma; así las *Musas*, esos símbolos de la inspiracion, fueron llamadas en la antigüedad las *hijas de la memoria*.

El segundo es la imaginacion que da colorido á las cosas y las vivifica.

El sentimiento es el tercero, porque á la simple vista ó por el recuerdo de estas cosas acaecidas ó bosquejadas de nuevo en nuestra alma, aquella sensibilidad hace volver á sentir al hombre impresiones físicas y morales casi tan internas y tan penetrantes, como serian las impresiones de esas mismas cosas si se hallasen presentes en realidad ante nuestros ojos.

El criterio es el cuarto, porque es el solo que nos enseña el órden, la proporcion, la relacion, la justa armonía con que debemos combinar y coordinar entre sí esos recuerdos, esas fantasmas, esos dramas, esos sentimientos imaginarios ó históricos, para conformarlos del mejor modo posible con la realidad, con la naturaleza, con la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demas una impresion tan completa como si el arte fuera verdad.

El quinto elemento necesario de esta creacion, ó de esta *poesia*, es el don de espresar por la palabra lo que vemos y sentimos en nosotros mismos, de reproducir en lo exterior lo que nos pasa interiormente, de pintar con palabras el color, la impresion, el movimiento, la palpitacion, el gozo ó el dolor que experimentan las fibras de nuestro propio corazon á la vista de los objetos que nos imaginamos. Para esto son necesarias dos cosas: la primera, que los idiomas tengan ya la riqueza suficiente, y mucha fuerza de espresion, para que el vate no carezca de colores en su paleta; la segunda, que el poeta mismo sea un instrumento humano de sensaciones, muy impresionable, muy sensible y muy completo; que no falte ninguna fibra humana á su mente ó á su corazon; que sea una verdadera lira cuyas cuerdas vibren unisonas; una escala tan estensa como la naturaleza á fin de que en ella encuentren lo grave ó lo frívolo, el dolor ó la alegría, lo sentimental ó lo indiferente, la nota que le corresponda. Se necesita mas aun; es preciso que las notas de esta escala humana vibren en él muy sonoras para que puedan comunicar su vibracion á los demas; es necesario que esa vibracion interior haga asomar á sus labios espresiones fuertes, pintorescas, que se graben en la imaginacion por la energia misma de su acento. La fuerza sola de la impresion es la que crea en nosotros la palabra, porque la palabra no es otra cosa sino el rechazo del pensamiento. Si el pensamiento hiere con mucha fuerza, la palabra es fuerte; si hiere con suavidad es suave; si hiere débilmente es débil. Segun es la pulsacion así es la palabra; ¡he ahí la naturaleza!

Por último, el sexto elemento necesario á esta creacion interior y exterior que se llama poesia, es el sentimiento musical, es el oido de los grandes poetas, porque la poesia canta en vez de hablar, y todo canto necesita de música para leerle y para que resuene mejor y mas voluptuoso en nuestros sentidos y en nuestra alma. Ahora si me preguntais, por qué el canto es una condicion del lenguaje poético, os responderé: porque la palabra cantada es mas bella que la palabra simplemente narrada. Pero si quereis profundizar aun mas y me preguntais, por qué la palabra cantada es mas bella que la palabra narrada, os responderé que lo ignoro, y que debereis preguntarlo á el que ha formado los sentidos y el oido del hombre mas voluptuosamente impresionad

para la cadencia, para la simetría, para la medida y para la melodía de los sonidos y de las palabras, que para los sonidos y las palabras inarmónicas que se oyen accidentalmente; os contestaré que el ritmo y la armonía son dos leyes misteriosas de la naturaleza que constituyen la soberana belleza ó el orden de la palabra. Hasta las esferas mismas se mueven al compás de un ritmo divino, los astros cantan, y Dios no es solo el grande arquitecto, el gran matemático, el gran poeta de los mundos, sino que es también el gran músico. La creación es un canto cuya cadencia ha medido y cuya melodía escucha á todas horas.

Pero el gran poeta, según lo que acabo de decir, no debe estar dotado solamente de una memoria vasta, de una imaginación rica, una sensibilidad exquisita, de un juicio recto, de una expresión fuerte, de un sentido musical tan armónico como cadencioso; es preciso que sea un filósofo consumado, porque la sabiduría es el alma y la base de sus cantos; es necesario que sea legislador, porque debe comprender las leyes que rigen las relaciones de los hombres entre sí, leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que el cimiento á los edificios; debe ser guerrero, porque canta á menudo las batallas, las tomas de ciudades, las invasiones ó defensas de territorios por los ejércitos; debe tener el corazón de un héroe, porque celebra las grandes hazañas y las grandes acciones del heroísmo; debe ser historiador, porque sus cantos á veces son narraciones; debe ser elocuente, porque hace discutir y arengar á sus personajes; debe ser viagero, porque describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos, las costumbres de los diferentes pueblos; debe conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografía, la astronomía, la navegación, la agricultura, las artes, los oficios hasta los más vulgares de su época, porque en sus cantos recorre el cielo, la tierra, el Océano, y saca sus comparaciones, sus cuadros, sus imágenes, de la marcha de los astros, de la maniobra de los buques, de las formas y de las costumbres de los animales, así dóciles como feroces; marino con los marineros, pastor con los pastores, labrador con los labradores, herrero con los herreros, tejedor con los que hilan los vellones de los rebaños ó que tejen las telas, hasta mendigo con los mendigos en las puertas de las cabañas ó de los palacios. Debe tener un alma sencilla como la de los niños, tierna, compasiva y llena de piedad como la de las mugeres, decidida é impassible como la de los jueces y de los ancianos, porque recita los juegos, las inocencias y los candores de la infancia, los amores de la juventud, los diferentes afectos del corazón, el enternecimiento compasivo hácia las miserias del destino: escribe con lágrimas; su obra maestra es el hacerlas derramar. Debe inspirar á los hombres la piedad, esa simpatía la más bella de todas las simpatías humanas,

porque es la más desinteresada. Debe ser, en fin, un hombre piadoso y empapado en el culto de la Providencia, porque así habla del cielo como de la tierra. Su misión es la de hacer aspirar á los hombres al mundo invisible y superior; poner el nombre supremo hasta en las bocas inanimadas, y presentar todas las emociones que suscitan en el ánimo ó en el corazón de un cierto presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera y como el elemento invisible de la Divinidad.

Tal debería ser el poeta perfecto; hombre múltiple, resumen vivo de todos los dones, de todas las inteligencias, de todos los instintos, de todas las ternuras, de todas las virtudes, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa cuanto puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible.

Luego que este hombre aparece en la tierra, fuera de su lugar, por su superioridad misma, entre lo general de los demás hombres, la incredulidad y la envidia le siguen á todas partes como la sombra al cuerpo. La fortuna, celosa de la naturaleza, huye de él; el vulgo, incapaz de comprenderle, le desprecia como un huésped importuno de la vida común; las mugeres, los niños y los jóvenes le escuchan cantar en secreto, ocultándose de los viejos, porque aquellos cantos corresponden á las fibras más vírgenes y sensibles de sus corazones. Los hombres de edad madura significan su desaprobación con un movimiento de cabeza, porque no les gusta que arrebaten de ese modo sus hijos y sus mugeres á las frias realidades de la vida; llaman sueños á las ideas y á los sentimientos que aquellos genios inspirados infunden en la mente y en el corazón de sus generaciones; los viejos temen por sus leyes y sus costumbres, los grandes y los poderosos por su dominación, los cortesanos por sus favores, los ambiciosos por su parte de gloria. Los desdenes afectados ó positivos ahogan la fama de esos hombres divinos, la miseria y la indigencia les lleva de ciudad en ciudad, el destino les aísla, la persecución les presenta como sus víctimas; un niño ó un perro les guía, cuando enfermos ó ciegos mendigan de puerta en puerta, ó cuando yacen en un calabozo; entonces se llama locura á su genio, para excusarse hasta de compadecerlos.

¡Y no solamente el vulgo es quien trata así á esos hombres de memoria, no, son los filósofos como *Platon*, que dictan leyes y hacen votos de proscripción contra los poetas! *Platon* tenía razón en su anatema contra la poesía, porque si el ciego de *Chio* hubiera entrado en Atenas, el pueblo quizá hubiese destrozado al filósofo. ¡Hay más política práctica en un canto de *Homero* que en todas las utopías de *Platon*!

II.

Homero es ese ideal, ese hombre sobrehumano, desconocido y perseguido de su tiempo,

inmortal después de su desaparición sobre la tierra. He aquí la historia de su vida.

Algunos sabios han supuesto ó suponen aun que *Homero* no ha existido, y que sus poemas son *rapsodias* ó fragmentos de poesía, hilbanados y reunidos por ciertos *rapsodistas*; cantores ambulantes que recorrían la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinión es el ateísmo del genio, y se refuta por su misma absurdidad. ¿Cien *Homeros* no serían aun más maravillosos que uno solo? ¿La unidad y perfección semejante de las obras no atestiguan la unidad de pensamiento y la perfección de la mano del autor? ¿Si la *Minerva* de *Fidias* hubiera sido hecha pedazos por los bárbaros, y me hubiesen presentado uno á uno los miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y ofreciendo todos la huella del mismo cincel, desde la cabeza á los pies, diría yo al contemplar todos aquellos fragmentos de incomparable belleza: ¿esta estatua no es obra de un solo *Fidias*, sino de mil artistas desconocidos que se han juntado por casualidad para hacer sucesivamente esta maravilla de dibujo y de ejecución? No; reconocería en la evidencia de la unidad de concepción, la unidad artística, y clamaría: ¡es *Fidias*! como el mundo entero esclama: ¡es *Homero*! Dejemos, pues, á un lado estas incredulidades, vestigios de la antigua envidia que ha perseguido á este grande hombre hasta en la posteridad, y digamos cómo vivió.

Homero vino al mundo 907 años (1) antes del nacimiento de Cristo. Desciende de raza griega, ora hubiese visto la luz en *Chio*, isla del Archipiélago griego que pertenece al Asia Menor, ora naciese en *Smirna*, ciudad asiática, pero colonizada por griegos.

Salían entonces los griegos del período primitivo de su formación, período pastoral, guerrero, agrícola y naval, para entrar en el período intelectual y moral; semejantes en esto á las nieves de *Tesalia* y de su monte Olímpico, que arrastran sus aguas turbias é impetuosas antes de sosegar y clarificarse en sus valles. Este pueblo, destinado á ocupar en un tan pequeño espacio un puesto tan grande en el mundo de la historia, del pensamiento y de las artes, era una reunión de cinco ó seis razas, unas europeas, otras africanas, otras asiáticas, á quienes la contigüidad de Europa, Asia y Africa, había mezclado en aquella encrucijada del mundo antiguo, frontera indecisa de tres continentes. Su núcleo primitivo se hallaba en las rocas del Epiro y de la Macedonia; pero la rudeza del montañés, el genio aventurero del marino, la dulzura del asiático, la religión del egipcio, el pensamiento del indio y la movilidad del persa, estaba todo tan enclavado en su aspecto físico y en su carácter múltiple, que este pueblo por su belleza, su heroísmo, su

gracia, su genio emprendedor y flexible á la vez, era como un resumen de todos los pueblos. Los bosques de Europa le habían dado sus costumbres heroicas y salvajes, el Egipto sus sacerdotes y sus divinidades, los fenicios su alfabeto, los persas y los lidios sus artes y su poesía, los cretenses su Olimpo y sus leyes, los tracios sus armas, los helenos su marina y su confederación en tribus independientes, los hindos sus misterios y sus alegorías religiosas; de manera que su cielo era una colonia de dioses, así como sus continentes y sus islas eran una colonia de hombres de general origen.

El mar del Archipiélago griego es el lago *Le-man* del Oriente. Teuiendo por contorno esos golfos, esos cayos, esos estrechos que se presentan entre los cabos de esas tierras lengüetadas, baña las costas más desiguales pero más graciosas á la vez, y parece haber sido abierta para aminorar el choque entre los dos continentes en cuyas dos orillas se asentó Bizancio indecisa. Los buques, tan multiplicados como las aves marítimas, navegan sin cesar de una isla á otra, del Africa al Asia y del Asia á Europa, como enjambres de una misma familia que va á visitarse en la primavera á sus diversas rocas.

El clima de aquel país montañoso y marítimo es tan vario como sus terrenos, y tan templado como su latitud. Desde las eternas nieves de la *Tesalia* hasta el perpétuo verano de los valles de la Lidia y hasta la fresca ventilación de las islas, allí se confunden todos los cambios de temperatura sobre las montañas, en los llanos y en las aguas. Aquel cielo es límpido como en Egipto, la tierra fecunda como en *Siria*, el mar tan pronto tranquilo y tan pronto tempestuoso como en los trópicos. Los parages y las escenas de la naturaleza son allí en poca distancia y en un terreno que les aproxima, grandes, reducidos, sublimes, alpestres, marítimos, recogidos ó ilimitados como la imaginación de los hombres. Todo se pinta allí con rasgos imponentes, pintorescos y que fascinan la vista. Tan pronto en himno como en poema, en elogio, en canto, en estrofa voluptuosa, aquella tierra es la tierra que pinta, que habla y que canta cual nadie á todos los sentidos. Los susurrantes escollos del Peloponeso, los terribles cabos del Taurus, los inmensos golfos de la Eubea, los anchos canales del Bósforo, las melancólicas radas del Asia menor, las verdes ó azuladas islas, desgranadas sobre las ondas como las paletas flotantes de un ancla que uniese ambas orillas; la isla de Creta con sus cien ciudades; *Rhodas*, que ha tomado su nombre de la rosa, ó por el contrario se le ha dado á esta; *Seyros*, reina de las *Cyclades*, *Naxos*, *Hydra*, centinela avanzada de la Grecia Continental; la isla de Chipre, suficientemente vasta para dos reinos; *Chalcis*, al que reúne á Europa su puente sobre el Euripto; *Tenedos*, llave de los Dardanelos; *Lemnos*, *Mytilena* ó *Lesbos*, que en pequeña escala parece imitar

(1) Según la cronología de los mármoles de Paros.

los montes, los valles, las gargantas y los golfos del continente de Asia que mira en frente de sí; Chio, que presenta, á modo de un doble terrado de flores sobre sus dos flancos opuestos, sus olivos á la Europa y sus naranjos al Asia; Samos, que profundiza sus puertos y que eleva sus cimas á la altura del monte Mycale, con el cual entrelaza sus pies; innumerables grupos aun de otras islas, cada una de las cuales tenia su pueblo, sus costumbres, sus artes, sus templos, sus dioses, sus fábulas, su historia, su renombre en la familia griega, pero de la cual todos hablaban ya la misma lengua y cantaban los mismos versos: tal era la Grecia en tiempo de esta encarnacion de la poesia en la persona de Homero. Esperaba un historiador, un cantor nacional, al poeta de sus dioses, de sus héroes, de sus hazañas, para constituir su ciudad de imaginacion y de celebridad en el presente y el porvenir.

En su himno á *Apolo de Delos*, dios de la inspiracion griega, Homero mismo describe por medio de algunos versos estos grupos de islas y de continentes que contienen toda la poesia de la naturaleza.

«Amas, dice al dios, las cimas de las altas montañas, los lugares etéreos desde donde la mirada abarca las mayores distancias; los rios que corren hácia la mar, los promontorios inclinados hácia las hondas y los anchos puertos... Si, desde que tu madre Latona apoyándose sobre el monte Cinto, te alimentó á compás del murmullo de las olas azuladas que el impulso sonoro de los vientos lanzaba hácia las dos riberas, venias sobre estos lugares y sobre sus habitantes.

«Sobre los de Creta y sobre los de Atenas.
«Sobre aquellos que pueblan la isla de Egiptia y la Eubea, célebre por sus vegetales; Egea, Iresia y la marítima Pepereta, Atos, Samos de Tracia y las cimas del Pelion; las montañas de la Ida; Imbros, con sus edificios esparcidos por su costa; la inaccesible Lemnos; Chio, la mas bella de las islas del Archipiélago; el escarpado Minas y los picos del Coriceo; Elaros y Esagea, cuya mirada busca la cima en el cielo; Samos llena de manantiales, y el monte Mycale con sus grandes colinas; Mileto y Cos, la residencia de los Meropes; Gnido, donde vienen las naranjas; Naxos y Paros, donde blanquece el mar al tropezar con los escollos. Aquella Delos, continúa, donde Latona, con los dolores de parto, rodea la palmera con sus brazos y estrecha entre sus rodillas la blanca yerba; la tierra que la sostiene se sonrie al mismo tiempo... Al instante Delos se cubre de oro como la cima de un monte coronado de bosques. En aquella isla se reúnen los jonios (pueblo de Smirna), de flotantes trages, con sus hijos adorados y sus castas esposas. Al verles reunidos en frente del templo podría tenerse por seres inmortales exentos de vejez. El alma se esparce al contemplar la belleza de los hombres, la magestuosa estatura de las

mugeres, sus rápidas embarcaciones, sus maravillosas riquezas...»

Volviendo despues en sí el poeta al fin de esta enumeracion, y dirigiéndose á las hijas de Delos, les dice en la última estrofa: «Si alguna vez de entre los mortales llega aqui un viajero desdichado y os dice: Jóvenes, de los cantores que visitan vuestra isla, ¿quién es el mas inspirado y el que escuchais con mas gusto? responded todas entonces acordándoos de mí: el hombre ciego que habita en la montañosa Chio; sus cantos le sobrepondrán claramente en lo venidero sobre todos los demas cantos!»

He ahí, en algunos versos del mismo Homero, el lugar, el tiempo, los pueblos, las costumbres de la Grecia en la época de su advenimiento.

Tomamos sencillamente el relato de su vida de las tradiciones antiguas y locales que se han trasmitido de boca en boca entre los hombres mas interesados en recordarle, porque constituia su gloria. Por muy maravillosas que parezcan las tradiciones, son la erudicion de los pueblos; nosotros creemos mas en ellas que en los sabios que al cabo de siglos tratan de despertarlas ó desmentirlas. A falta de libros escritos, la memoria de las naciones es el libro inédito de su raza: lo que el padre ha referido al hijo y éste á los suyos, de edades en edades, jamás carece de fundamento en la realidad. Remontando de generacion en generacion hasta el origen de esas tradiciones de familia ó de raza, que en su trascurso se aumentan con algunas fábulas, viene á ser como un hombre que se remonta por la corriente de un rio desconocido: al fin llega á su origen, que aun cuando sea insignificante, siempre es la fuente de una verdad.

Veamos, pues, lo que han dicho los griegos contemporáneos, posteridad de Homero, sobre el génio mas antiguo y mas nacional de su raza.

III.

En la ciudad de Magnesia, colonia griega del Asia Menor, separada de Smirna por una cordillera de montañas, habia un hombre oriundo de Thesalia, llamado Melanopas. Era pobre, como lo son generalmente esos hombres errantes, que se destierran de su pais, donde no les liga ni casa ni campos paternos. Trasládose, pues, desde Magnesia á otra ciudad nueva y poco distante de esta, á donde aquel valle, ya harto poblado, lanzaba sus masas de moradores. Esta ciudad se llamaba Cymé. Melanopas se casó allí con una jóven griega tan pobre como él, hija de uno de sus compatriotas, llamado Omyrethés. Tuvo una hija única, á quien puso el nombre de Critheis;

no tardó en perder á su esposa, y sintiéndose él mismo á las puertas de la muerte, encargó su hija, niña aun, á uno de sus amigos de Argos, que se llamaba Cleanax.

La belleza de Critheis fué una desgracia para la huérfana, y una dicha para la Grecia y el mundo. Parece que el mas maravilloso de los hombres fué predestinado á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiese querido arrojar un misterio sobre su nacimiento, á fin de aumentar el prestigio en derredor de su cuna.

Critheis inspiró amor á un desconocido y se dejó sorprender ó seducir: puesta de manifiesto su falta á los ojos de la familia de Cleanax, esta temió quedar deshonrada con la presencia en su hogar de un hijo ilegítimo. Ocultóse, pues, la debilidad de Critheis, enviándola ademas á otra colonia griega que se poblaba por aquel tiempo en el fondo del golfo de Hermus, que se llamaba Smirna.

Critheis, llevando en su seno al que cubria su frente de vergüenza, y que mas tarde cubriria su nombre de celebridad, recibió asilo en Smirna en casa de un pariente de Cleanax, natural de Beocia, y trasplantado á la nueva colonia griega, el cual se llamaba Ismenias. Ignórase si este hombre conocia ó no el estado de Critheis, que pasaba sin duda por viuda ó por casada en Cymé.

De cualquier modo que fuese, acompañando un dia la huérfana á las mugeres y las niñas de Smirna á la orilla del arroyuelo *Melés*, en donde se celebraba á campo raso una fiesta en honor de los dioses, se vió sorprendida por los dolores de parto. Su hijo vino al mundo en medio de una procesion á la gloria de las divinidades, cuyo culto debia él estender, entre el canto de los himnos, bajo un plátano, sobre la yerba y á orillas del arroyo.

Las personas que acompañaban á Critheis, la condujeron llevando en sus brazos al niño desnudo, á la casa de Ismenias en Smirna. Desde aquel dia el ignorado arroyo que serpentea entre los cipreses y los juncos alrededor del arrabal de Smirna, tomó un nombre que le igualó á los rios. La gloria de un hijo se remonta para ilustrarle, hasta el tallo de yerba donde se acostó al caer del seno de su madre. Refieren las tradiciones y escribieron los antiguos, que Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses inmortales, fué hecho pedazos por las mugeres del monte Rhodopo, irritadas de que presentaba dioses mas grandes que los suyos; que su cabeza, separada del cuerpo, la arrojaron aquellas al Hebro, rio cuya embocadura está á mas de cien leguas de Smirna; que el rio arastró aquella cabeza todavia armoniosa hasta el mar; que las olas, á su vez, la llevaron hasta la embocadura del Melés; que se detuvo sobre la yerba, cerca de la pradera en donde Critheis echó al mundo á su hijo, como para trasmitir por sí misma su alma y su inspira-

cion á Homero. Cerca de su tumba, añade, los ruiseñores cantan mas melodiosamente que en las demas partes (1).

Ora que Ismenias fuese demasiado pobre para mantener á la madre y el hijo, ora que el nacimiento de aquel hijo natural hubiese oscurecido algun tanto la reputacion de Critheis, lo cierto es que la despidió de su hogar. Entonces anduvo buscando de puerta en puerta un asilo y un protector para ella y para su hijo.

Habia por aquel tiempo en Smirna un hombre no muy rico, pero de buen corazon, como lo son generalmente los hombres desprendidos de las cosas perecederas por el estudio de las cosas eternas: este hombre que se llamaba Femio, tenia escuela de canto. Llamábase entonces canto todo lo que habla, todo lo que explica, todo lo que se presenta á la imaginacion, al alma, á los sentidos, como la gramática, la lectura, la escritura, las letras, la elocuencia, la poesia, la música; porque lo que los antiguos entendian por música, se aplicaba tanto al alma como á los oidos. Los versos se cantaban y no se recitaban; aquella música no era otra cosa que el arte de arreglar los versos al acento y el acento á los versos. He aqui por que á la escuela de Femio se llamaba escuela de música; música del alma y del oido que se apoderaba del hombre todo entero.

En recompensa de los cuidados que prodigaba á aquella juventud, Femio tenia por único estipendio, la retribucion, no metálica sino natural, que los padres le daban como precio de la enseñanza que recibian sus hijos. Las montañas que rodean el golfo de Hermus en cuyo fondo se alza Smirna, eran entonces, lo mismo que ahora, un pais pastoral, abundante en ganados; allí es donde las mugeres hilan las lanas con que se fabrican esos tapices, industria hereditaria de la Jonia. Cada uno de los niños, al ir á la escuela de Femio, le llevaba bien un vellon entero, ó bien un pedazo de los rebaños de su padre. Femio los hacia hilar por sus criadas, los teñia y los cambiaba despues por las cosas necesarias para la vida del hombre. Critheis, que habia oido hablar de lo bondadoso que era con los niños aquel maestro de escuela, pensando sin duda confiarle el suyo cuando estuviera en edad de ello, condujo á su hijo por la mano hasta el umbral de la casa de Femio. Conmovieron á este la belleza y las lágrimas de la jóven, la edad y el abandono del niño, por lo que recibió á Critheis en su casa en calidad de sirvienta, empleando desde luego á la jóven manesiana en hilar las lanas que recibia como precio de sus lecciones. Halló á Critheis tan modesta, tan laboriosa y tan hábil como hermosa era; cobró afecto al niño, cuya precoz inteligencia

(1) M. de Marcellus, Episodios literarios en Orient, tomo II

hacia presagiar cierta gloria para la casa á donde la habian conducido los dioses, y propuso á Critheis casarse con ella á fin de dar de este modo un padre á su hijo. La hospitalidad, el amor de Femio y el interés del niño, influyeron á la vez en el corazón de la jóven; se casó, pues, con el maestro de escuela, y fué señora de la casa á cuya puerta habia llegado á suplicarle algunos años atrás.

Femio cobró cada vez mas afecto al niño Melesigenes. Este nombre que se daba familiarmente á Homero, significa *hijo de Melés*, en memoria de las orillas del arroyo en donde nació. Su padre adoptivo le amaba por su madre y por él: instructor y padre á la vez de aquel niño, le prodigaba todas las ternezas de su corazón y todos los secretos de su arte. Homero, cuya alma recibia las lecciones de Femio por su ternura, y á quien la naturaleza habia dotado de una inteligencia que lo comprendia todo, y de una memoria que todo lo reproducia, recompensaba los desvelos del anciano, y halagaba el orgullo de Critheis. Juzgábasele capaz dentro de poco, á pesar de sus cortos años, de dirigir él mismo la escuela, y de suceder algun dia en ella á Femio. Los dioses le destinaban sin saberlo él menos dicha y otra gloria distinta; la enseñanza del mundo y la herencia de una gloria inmortal. El niño adoraba á su padre en su maestro; y para eternizar su reconocimiento, dió, mas tarde, el nombre de Femio á un canto divino de sus poemas.

IV.

Femio murió, dejando al niño por heredero de su modesto pasar y de su escuela. Critheis, privada del apoyo que habia encontrado en la ternura de aquel hombre hospitalario que le habia abierto hasta su corazón, se entristeció de tal modo que siguió al anciano á la tumba. Homero se quedó solo, apenas adolescente, en aquella casa en donde todo lo habia recibido y perdido todo. Su juicio suplió en él la falta de años; continuó con la escuela de Femio, cuya fama se aumentó cada dia mas, segun Femio mismo se lo predijo al morir. El futuro cantor de la *Iliada* y de la *Odisea*, enseñando la música á los niños, él propio, casi niño como ellos, hablando y cantando en una lengua inspirada por los dioses, pareció á los habitantes de Smirna un oráculo que justificaba el prodigio de su nacimiento divino al lado de su rio Melés. Los hombres maduros, las madres de familia y hasta los ancianos mismos, iban á admirarse y á enternecerse con sus lecciones. Los mercaderes de trigo y de lanas, los extranjeros á quienes el comercio ó la curiosidad atraian de todas las islas de la Grecia ó de todas las ciudades maritimas de la Jo-

nia, oian hablar de aquel fenómeno, á bordo de sus buques y en la frecuentada rada de Smirna. Despues de tener hecho su cargamento no querian hacerse á la vela sin haber oido una de sus lecciones, y de este modo llevaban á su pais el renombre del jóven maestro de escuela.

V.

Uno de aquellos extranjeros llamado Mentés, al propio tiempo dueño y piloto de su buque, habia ido á buscar trigo para trasportarlo á Leucade, en la montañosa isla de Lesbos. Enamorado de aquellos cantos divinos mas que otro alguno de los navegantes que se hallaban á la sazón en la rada, no buscaba solo la fortuna en las tierras que recorria sino tambien la sabiduria y la ciencia. Asombrado del genio y la superioridad de Homero sobre todos los hombres que habia escuchado en las cátedras y en los templos de la Grecia y de la Jonia, trabó amistad con el jóven Melesigenes; le describió las tierras, las islas, los mares, los cultos, las ciudades, los puertos de las diferentes playas á donde su comercio le conducia; le convenció de que el libro vivo é infinito de la naturaleza era la verdadera escuela de toda verdad, de toda poesia, de toda ciencia; inflamó, en fin, la imaginación del jóven con el deseo de leer con sus propios ojos el libro de los dioses. Homero, á quien faltaban las imágenes y los colores para hacer sensibles las inagotables concepciones de su mente, renunció con generosidad á la fortuna y á la fama doméstica que le sonreian en su patria, para ir á enriquecer su imaginación, alimentar su alma y recoger impresiones ó imágenes en toda la tierra. Cerró su escuela, vendió la casa y las lanas de Femio; y tomando por habitación el buque de Mentés, le pagó el precio de aquel hogar errante para muchos años.

VI.

En compañía de su amigo y piloto Mentés, Homero navegó durante un tiempo indeterminado. Viagero, traficante, marinero, cantor, unas veces uno y otras otro ó todo á la vez, visitó el Egipto, marañtal entonces de toda luz, y patria originaria de todos los dioses del paganismo; la España, la Italia, las orillas del Mar Adriático, las del Poloponeso, las islas, los escollos, los continentes; conversando con todos los pueblos, tomando lecciones de todos los sabios, y recogiendo, de apuntes perdidos, las descripciones, los recuerdos, las historias, los símbolos con los cuales construyó mas tar-

de sus poemas. Volvia pobre de bienes y rico de impresiones, para descansar en fin en su patria, y para proporcionarse en ella una existencia mercenaria, cuando un repentino mal de ojos, ocasionado por el sol, por las contemplaciones y los estudios, le detuvo en la isla de Itaca á donde Mentés abordó para ejercer su tráfico.

Precisado Mentés á llevar el cargamento de su barco á Lesbos, confió á Homero enfermo, á un habitante de Itaca, rico, compasivo y amigo de los poetas, llamado Mentor, hijo de Alcinoos. Mentor prodigó al cantor divino todos los consuelos de la medicina y todas las ternuras de la hospitalidad. Homero, que pagaba con gloria las deudas de su corazón, inmortalizó en breve á Mentor y Alcinoos, haciendo del primero el oráculo de toda sabiduria, y del segundo el modelo de la felicidad del hombre campestre, adquirida despues de una vida agitada, en el cultivo de sus jardines. Hizo de Itaca la escena de su poema la *Odisea*: allí encontró las tradiciones de su héroe *Ulises*, grabólas en sus recuerdos, é hizo así tan célebre aquella isla insignificante.

La tranquilidad en la morada de Alcinoos, los cuidados de Mentor, los bálsamos de los médicos itálicos, cuyo nombre dió á esos hombres divinos que curan las heridas de los mortales, le devolvieron la vida y la salud.

Mentés, fiel á su promesa, atravesó el mar Egeo para ir á buscarle á Itaca. Homero siguió aun navegando con él durante algunos años, hasta que atacado por segunda vez de la ceguera en el puerto de Colofon, Mentés le dejó allí para que se curara, lo mismo que lo habia hecho en Itaca. Pero ni la permanencia en tierra, ni la medicina pudieron prevalecer contra la voluntad de los dioses: cegó, y el cuadro de la naturaleza que tanto habia contemplado, desapareció completamente ante sus ojos. Pero aquel cuadro se presentó entonces á su imaginación con colores mas vivos, mas animados y mas en relieve; lo que ya no veia exteriormente se le reflejaba de nuevo en lo interior: la memoria se lo representaba todo. El sentimiento mismo de aquella luz del dia, de aquella presencia de los mares y de las tierras, de los hombres y de las cosas, dió cierta penetración y melancolía á aquel recuerdo del mundo desaparecido. Concentró su vision en sí mismo y pintó mejor todo cuanto le entristecia el no poder contemplar.

II.

La primera imagen que se le representó al corazón despues de haber perdido toda esperanza de cura, fué la de la patria. El pájaro herido trata de caer sobre el nido donde vio

la luz del dia; así fué que se hizo en segreda trasladar á Smirna, á la casa de Femio, cerca de la tumba de Critheis, su madre. Allí volvió á abrir una escuela; pero su larga ausencia habia hecho olvidar su nombre y su arte á sus conciudadanos; otros habian ocupado su puesto. Su ceguera por otra parte parecia significar la cólera de los dioses, y no creian que un hombre privado del mas necesario de los sentidos pudiese enseñar la mas sublime de las artes. Su voz no halló eco, su escuela permaneció desierta, sus amigos no le reconocieron. La indigencia le obligó á cantar de puerta en puerta versos populares, para arrancar á la indiferencia de sus compatriotas el pan necesario á su subsistencia y á la del niño que guiaba sus pasos. Siempre noble y magestuoso en sus expresiones y actitud, en la humillante condición de pobre ciego, se asemejaba á un dios de sus fábulas, acordándose de su superioridad divina al pedir una limosna á los mortales. Ulises en la *Odisea*, bajo los harapos de un mendigo, es un recuerdo de aquel periodo de vida inmortalizada por el poeta.

Mas ora fuese que sus conciudadanos hicieran los sordos á sus cantos, ora que la vergüenza que arroja á los hombres decaídos de las ciudades testigos de su dicha, hiciese la permanencia en Smirna, mas cruel que el hambre para el corazón de Homero, lo cierto es que abandonó este pueblo á fin de buscar de ciudad en ciudad oyentes mas compasivos. Atravesó á pie el llano del Sarabat para ir lo primero á *Cimea*, patria de su madre y de su abuelo, en donde sin duda esperaba hallar algunos recuerdos de ellos en los ancianos amigos de sus parientes. El cansancio le detuvo al principio en Neotichos, pequeña ciudad naciente, colonia de Cimea, edificada al pie del monte Sedeno y á orillas del Sarabat. Siguiendo la costumbre de los mendigos, que traban conversaciones con los pobres artesanos mas bien que con los ricos, porque los unos trabajan al aire libre, mientras los otros viven en sus casas ó en sus jardines, Homero entró en el obrador de un curtidor que trabajaba sus cueros é improvisó sus primeros versos al hijo de Cimea.

«¡Oh vosotros, que habitais la ciudad estendida sobre la colina, al pie del monte Sedeno coronado de sombrías selvas, y que bebeis las frescas y espumosas aguas del Sarabat, compadeced al hombre errante que carece de morada propia, y prestadle un asilo y un hogar hospitalario!» El curtidor, movido á compasión y sensible al acento de aquella súplica cantada en verso á su puerta, hizo entrar á Homero, le ofreció un asiento en su obrador y un asilo en su casa. La maravilla de aquel mendigo que hablaba la lengua de los dioses, circuló de boca en boca por la ciudad, la multitud se agrupó á la puerta del curtidor, los principales del pueblo entraron en la tienda, y sentándose alrededor del ciego se complacien-